



JUAN DOMINGO FERNÁNDEZ



Figura clave en el origen de la Facultad de Letras de la UEx, sostiene que «la enseñanza se ha deteriorado a medida que se han multiplicado los políticos»

Ricardo Senabre recuerda que, políticamente, en los primeros años en Cáceres «todo el mundo quería que estuviera con ellos, hasta que se convencieron de que yo no iba a estar con nadie. Yo no tengo ninguna disciplina porque no pertenezco a ningún partido. Me ha ido muy bien así personalmente, socialmente no, claro, porque me hubiera montado en un carro y sería multimillonario ahora». Contrario a la manipulación política de los escritores (cita el caso de Miguel Hernández, por ejemplo) cree que al periodismo le amenaza la figura de ese tertuliano que opina de todo en cualquier momento. «Eso trivializa las cosas. Ese periodismo de opinión indiscriminado está haciendo mucho daño al periodismo».

—¿La política nunca le ha tentado?

—No. Yo creo que es un arte nobilísimo, generalmente envilecido por los políticos.

—Sin embargo habrá tenido que sortear algunos cantos de sirenas ¿no?

—Muchos. Pero la gente acaba sabiendo que no tengo ni he tenido nunca ninguna aspiración política. Una cosa que he querido mantener toda la vida es mi independencia personal. Para todo. Para decir lo que yo siento, a quien sea.

—Posee el título de Hijo Adoptivo de Cáceres, la Medalla de Extremadura y la Medalla de la Universidad de Extremadura. ¿Se ha sentido siempre reconocido en esta tierra?

—Yo pasé quince años aquí, los quince años centrales de mi vida. Los años en que he trabajado más, sin duda alguna, y con más intensidad. Y en esos quince años tengo algunos de los mejores recuerdos. Para siempre. Una cosa que no puedo olvidar en la vida. Mi estancia aquí fue una maravilla, en todos los sentidos. Aunque hubo algún sinsabor, pero eso siempre es inevitable...

—Y tuvo que afrontar una tarea titánica, como es iniciar una universidad.

—¡No sé cómo pude hacerlo! Bueno, porque tenía menos años, claro. [Risas].

—En el 2004 le homenajó la Unión de Bibliófilos Extremeños, le han dedicado libros de estudios en homenaje a su trayectoria, en 2009 le nombraron Doctor Honoris Causa por la Universidad de las Palmas. De verdad, profesor Senabre, ¿le hubiera gustado ser académico?

—No. Siempre digo la verdad, pero



Ricardo Senabre, el pasado jueves, en Cáceres. :: LORENZO CORDERO

## «Lo que hoy tenemos es una caricatura de enseñanza, un edificio en ruinas»

**Ricardo Senabre** Catedrático de la Universidad de Salamanca

hay que recalcarlo porque mucha gente piensa que sí. Cuando me hubiera gustado, hace muchos años, yo no tenía entonces las características adecuadas para entrar. ¿Y por qué me gustaba entonces? Porque había una serie de personas que para mí fueron muy importantes y apartes de maestros, amigos.

—¿Como Lázaro Carreter?

—No, antes, antes. No pienso en Lázaro. Lázaro fue uno de los que me vetaron cuando creyó que a mí podría interesarme. No, estoy hablando de Lapesa, de Emilio Lorenzo, de Alarcos... estupendos amigos, maestros. En aquellos años a mí no es que me apeteciera, no me hubiera importado coexistir con ellos, (y coincidimos muchas veces en tribunales, en Madrid, en muchos sitios) porque era un grupo al que yo me sentía muy unido. Entonces, si algún interés tuve no fue un interés de verdad, sino un pensamiento, una posibilidad.

—Va a dar una conferencia, invitado por la Fundación Caja Extremadura, sobre 'La demolición de la enseñanza'. ¿Por qué ese título?

—La enseñanza es como un gran edificio, con unos pilares muy amplios,

la enseñanza básica, y luego se va estrechando porque todos están abajo pero arriba llegan algunos. Y cuando un edificio tiene fallos en la sustentación, en los pilares, empieza por agrietarse y acaba desmoronándose. Lo que digo es que ese derrumbamiento que está sufriendo la enseñanza desde hace años, yo no lo llamo derrumbamiento, lo llamo demolición. Porque no se está hundiendo por edad, por la vejez, por el cansancio, se está hundiendo porque está recibiendo un bombardeo continuo de abusos en forma de decretos, leyes, que han ido deteriorándola sucesivamente sin mejorar en absoluto, y el resultado es que lo que hoy tenemos es una caricatura de enseñanza, un edificio en ruinas que hay que arreglar inmediatamente.

—¿Cuando habla de enseñanza se refiere a todos los niveles?

—Sí, sí, toda la enseñanza. Empezó por lo de más abajo, siguió después demoliendo los institutos, la enseñanza secundaria, y ahora está ya en la enseñanza universitaria donde se dan cosas verdaderamente increíbles. No es ni caricatura siquiera, es que no se parece a lo que fue la enseñanza no hace muchos

años.

—¿Y esboza algún tipo de remedio, de solución?

—Los remedios son muy sencillos, lo que ocurre es que no se quieren tomar. Alfonso X El Sabio dice que la universidad es un ayuntamiento de maestros y escolares. Para que funcione bien la universidad lo único que hay que hacer es seleccionar bien a los maestros y a los escolares. Pues no todo el mundo puede ser maestro, pero tampoco todo el mundo puede ser escolar. Tampoco todo el mundo está capacitado para eso, ojo. Se han confundido las

«Vivimos en un país de tanta confusión que parece que todo son derechos»

«¿Por qué tienen que obligarme, si hablo en español, a decir 'A Coruña' o 'Lleida'?»

cosas. La gente dice: «es que yo tengo derecho a ir a la universidad». Aquí todo se convierte en derechos. Vivimos en un país de tanta confusión que parece que todo son derechos. No... Yo tengo derecho a saltar dos metros de altura, pero no tengo las condiciones. ¿Usted tiene derecho a ir a la universidad? Sí, pero si no tiene la capacidad mental y la preparación para ir, no tiene por qué ir. Y eso no es ningún demérito. Usted puede servir para otras muchas cosas. Es decir, lo primero que tiene que hacer una universidad es seleccionar los alumnos y los profesores. Cualquiera no puede entrar como alumno y cualquiera no puede entrar como profesor. Y la selección del profesorado ha caído... bueno, hasta a hacer profesores a gentes que ni siquiera se presentan ante un tribunal, ni siquiera se les ven las caras: envían unos papeles y dentro de un tiempo se ven en una comisión.

—¿Cuál es la última falta de ortografía que recuerda haber cometido?

—¿Yo? No recuerdo haber cometido ninguna. [Risas]. Se lo digo de verdad, no es ninguna jactancia. Cuando tenía nueve años e hice el



## EL PERFIL

## Catedrático y crítico implacable

Ricardo Senabre Sempere (Alcoy, Alicante, 1937) nació en plena guerra civil, lo que iba a marcar su vida y los territorios de su infancia y adolescencia.

—¿A qué se dedicaba su padre?

—Mi padre había sido empleado de banca y luego director de una sucursal en Alcoy, de la que fue destituido cuando acabó la guerra, encarcelado por haber sido (era el único bancario que había allí) el tesorero de la agrupación local de UGT, estupendo motivo ¿verdad? para encarcelar a uno... No fue a la guerra. Y después fue desterrado.

—¿Y a dónde lo desterraron?

—A un sitio donde no conociera a nadie. Estuvieron indagando dónde había una ciudad en que no conociera a nadie y lo enviaron a Zaragoza. Mi primera infancia está en Alcoy, yo me quedé allí hasta que mis padres encontraron un trabajo y acomodó, pero pasé la adolescencia en Zaragoza.

El nombre de Ricardo Senabre siempre permanecerá unido al nacimiento de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Extremadura, al de un estudioso de nombres claves de la literatura española (Ortega, Unamuno, Valle, Baroja, Fray Luis de León, Machado, Juan Ramón Jiménez), al de un autor de más de 250 trabajos de investigación y al de un crítico literario (actualmente en 'El Cultural') insobornable. «Si un amigo mío publica un libro, yo no lo reseñaré nunca. Le diré a él lo que me parece, pero nunca escribiré una reseña». En su opinión, el crítico tiene el deber social de orientar al lector, un ejercicio que él reconoce que le gusta y para el que se precisa, además de capacidad, sinceridad.

Brillante sin petulancia, celoso de su independencia y con el sosiego del sabio en paz con el mundo y consigo mismo, Ricardo Senabre es capaz, sin embargo, de emocionarse recordando a quien le enseñó Filosofía en los primeros años de carrera, el extremeño Eugenio Frutos, «quizás el mejor profesor que yo he oído en mi vida».

ingreso en el bachillerato no se podían cometer más de tres faltas de ortografía porque lo echaban a uno. Hice aquel examen con un dictado y no cometí ninguna. No recuerdo ahora si vi difícil o fácil el texto. Sé que no cometí ninguna. Es más, la mayoría de los compañeros que hicieron conmigo el examen, tampoco. No se cometían faltas, por lo menos las gordas de ahora. Miranda Podadera tenía unas frases para dictar que eran terroríficas. «De Cádiz ha llegado el té y de Sevilla las maletas». Pensabas: «De Cádiz ha llegado y de Sevilla...». No, no, era: «De Cádiz ha llegado... y deshebillas», quita las hebillas a las maletas... ¡Eso era para cazar! [Risas]. Dejando al margen esas cosas, las palabras normales la gente las escribía bien. Pero hace poco todos hemos podido ver un facsímil del veredicto de ese jurado popular que encausó a un conocido personaje y el veredicto en que le declaraban no culpable tenía una caligrafía de escolar. Eran personas de 35, 45 años, con una sintaxis penosísima, unas faltas de ortografía terroríficas... De verdad, cuando yo hice el ingreso de bachillerato hubieran echado atrás a cualquier alumno de nueve años por eso.

—El problema de la enseñanza tienen que resolverlo los políticos o los técnicos?

—Los políticos ya se ve cómo lo han resuelto. A los políticos, en general, no les interesa en absoluto que la enseñanza sea buena. La enseñanza ha ido deteriorándose a medida que se han multiplicado los políticos en España, a medida que la política ha constituido un campo donde se producen muchos puestos de trabajo. Y hay muchas personas que aspiran a mantenerse en este terreno, saltando de cargo en cargo, sin una preparación específica, sin una capacidad determinada, simplemente porque han

obtenido los votos de una masa de gentes. Cuanto más dócil sea esa masa, cuanto menos pensante sea, más fácil será engañarla con consignas y conseguir votos. No conviene. Los que estudian, piensan, recapacitan, son personas poco dóciles, no son cómodas para los gobiernos en general. Y no estoy acusando a un gobierno o a otro. Es un problema general.

—¿Cada época tiene el idioma, la lengua que se merece?

—Sí, salvo cuando los políticos desean intervenir en ella. Porque hemos llegado a un grado tal que en nuestros días los políticos se han permitido el lujo de querer legislar sobre el idioma. ¿Pero quiénes son ellos? Los únicos que legislan sobre el idioma son los hablantes, y se acabó. Los hablantes... con un buen sentido y una cierta preparación, tampoco el palurdo último que no sabe ni hablar. En fin, los hablantes medios, que son los que hacen progresar el idioma. Querer erigirse en árbitros del idioma unos cuantos políticos, algunos de los cuales no saben hacer la o con un canuto me parece una avilantez, una osadía... ¿Por qué un político tiene que obligarme a mí o a un locutor que presenta un programa de televisión, hablando en español, a decir 'A Coruña' o 'Lleida'. ¿Pero por qué, si estoy hablando en español?

—Quizás lo que no hay ahora, en estos últimos años, es figuras de la relevancia, de la trascendencia de un Ortega y Gasset.

—Ese es el problema. El siglo XX tuvo la enorme fortuna de tener unos cuantos intelectuales como quizás en ese bloque no se han producido nunca en España, con una influencia benigna, educativa, sobre el pueblo. Entre los cuales están a la cabeza Ortega y Unamuno pero también personas como Antonio Machado, como Baroja... Hay una pléyade de intelectuales que

además son creadores. Antes Galdós. ¿Qué dirá don Benito? ¿Qué pensará don Benito de esto? decía la gente, que a lo mejor no había leído a don Benito en la época de esplendor de Galdós, en los últimos años del siglo XIX. Eso hoy no se produce. No tenemos unas figuras así de referencia a las que volver la vista y decir: ¿qué dirá fulanita ahora?

—¿Popularidad y calidad son difíciles de conciliar en la novela española actual?

—Yo no pondría frente a frente calidad y popularidad. La calidad es siempre calidad, independientemente de lo que se cuenta tenga éxito entre un público amplio o no. Lo contrario es la no calidad, la vulgaridad. Lo que pasa es que hay un público también para la zafiedad, para la vulgaridad, para lo fácil. Sabe usted que en España hablamos de Baroja, de Unamuno, de Cela... y hasta nuestros días, pero nadie ha vendido lo que vendió Corín Tellado. Una cosa es la popularidad y otra la calidad. ¿Que a veces ha ocurrido que las dos cosas se han dado juntas en algunos autores? Sí, es verdad, empezando por Cervantes. Pero caramba, no siempre es posible y luego sobre todo porque a veces la popularidad llega tarde, más tarde, a veces incluso cuando el escritor ya ha pasado.

—¿Qué reto, de los que tiene Extremadura le parece más acuciantes superar?

—¿Qué reto? Yo creo que debería plantearse de nuevo si todas las enseñanzas que tiene debe tenerlas o si debe reducir, buscando una especialización. Porque eso que va a encontrar aquí no lo encuentra nada más que en una o dos universidades del país, no en todas, porque estamos repitiendo las enseñanzas en todas partes. Yo creo que eso es un error. Acabaremos dando clase aquí para los que viven aquí. No, lo interesante es que alguien de Badalona, o de Granada o de Oviedo viniera aquí porque quiere tener una especialidad, un tipo de estudio, grado, máster... lo que se quiera organizar, pero una determinada forma de estudio que solo se puede dar aquí o en dos sitios más. Creo que es lo que hay que ir buscando. Eso ocurre en Estados Unidos, en Francia... No todas las universidades tienen que tener Derecho, porque sobran. Vamos a ver qué universidad tiene que tener Derecho y además un tipo de enseñanza del Derecho que no sea igual ni la misma en todas. Porque no tiene sentido, porque no hacen falta tantos licenciados.

—¿Qué libro es el que más ha recomendado o regalado en su vida?

—He regalado no uno, sino varias veces, ciertos libros, según las edades de las personas. Por ejemplo, a un nieto mío de 14 años, 'Zalacaín el aventurero', de Baroja. Pero he regalado a veces libros de Dickens, novelas de Galdós, novelas de Baroja. Para la gente no especialmente preparada para la lectura. Y luego he regalado poesía, sobre todo Antonio Machado, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez y en alguna ocasión, para un lector un poco más avezado, Garcilaso. Como ve, poesía casi siempre de corte amoroso y lírico.